

## SANTIAGO AMYOT.

Una noche del año 1516 cabalgaba un hombre por el camino que conduce de Melun á Montereau; su jubon de paño pardo, sus calzones del mismo color, su valona muy blanca y bien almidonada, su gorro de terciopelo adornado con una primorosa pluma negra, todo manifestaba en él que era un sugeto de posibles; y el trote de su cabalgadura á la cual metía espuelas de vez en cuando, demostraba que deseaba llegar cuanto antes á donde iba. El caballo, sin embargo, apartóse repentinamente á un lado relinchando; el caminante, distraído de sus cavilaciones con este súbito movimiento, dirigió sus ojos al objeto que causaba espanto á su cabalgadura, y se llenó tambien de terror al percibir un cuerpo humano que estaba tendido en el suelo, medio oculto por las espigas que tenia á uno y otro lado el camino.

Nuestro caminante era un hombre á la vez valiente y humano; acordóse del evangelio del samaritano, y se decidió á prestar auxilio, si aun era tiempo, al sér desventurado á quien Dios le habia puesto al paso. Apeóse, pues, y aproximándose, percibió que el que estaba tendido era un mozo de sobre 12 años de edad que se hallaba absolutamente sin sentido, pero que respiraba todavía. Suspendióle un tanto la cabeza, metióle en la boca su bota llena de hidromel (1), y al cabo de algunos instantes tuvo la satisfaccion de verle abrir los ojos. Cuando le hubo hecho volver en sí, subióle á su caballo, púsole delante de sí y sostúvole entre sus brazos en tanto que arrendaba, pues queria proseguir su buena obra hasta consumarla; y aunque tenia negocios muy urgentes á que atender, no pudo decidirse á abandonar á aquel pobre que, sin sus inesperados auxilios, habria muerto infaliblemente durante la noche. El movimiento del caballo fué reanimando gradualmente al mozo, y algunos nuevos tragos que tomó de la benéfica bebida, acabaron de hacerle recobrar hasta cierto punto la fuerza.

—Dime, pues, ¿quién eres, pobre chico? le dijo entonces el caminante.

—Mi buen señor, llámome Santiago Amyot, para serviros.

—¿Y por qué casualidad te ves en estado tan lastimero? ¿De dónde vienes?

—De Melun, del lado de mi padre.

—¿Solito?

(1) Bebida que se hace con agua, vino y miel.

—Solito: me he huido.

—¿Cómo huido! ¿Te has salido de casa de tu padre sin su permiso?

—¿Diantre! ¿como que me habia golpeado!

—¿Y por qué te golpeó?

—Porque..... porque.....

—¿Vamos! ¿Por qué?

—Porque no queria yo trabajar.

—¿Vaya! ¿vaya! señor flojo, segun eso creiais que es mas cómodo andarse tuneando; ¿y qué tal os ha ido con semejante calaverada?

—¿Ay! muy mal; tengo mucha hambre, y estoy tan cansado, que no hay miembro de mi cuerpo que no me duela.

—Bien lo creo, si segun parece has venido de Melun hasta aquí, sin detenerte en ninguna parte, sin tomar un bocado, ni un trago.

—Así ha sido, ¿Dios mio! no traia dinero conmigo y no me he atrevido á pedir un pedazo de pan á las personas que he encontrado. Cuando me senté en aquella siembra, me pareció que iba á morirme; y á no haber sido por vos, señor, se habria terminado mi vida.

—Eso habria sucedido acaso; pero dime, ¿qué era lo que exijia de tí tú padre? ¿Tan difícil de hacer era?

—No me pedia que hiciera mas de lo que hacen mis demas hermanos que le auxilian en su oficio de carnicero; pero era necesario emplearse en ello dia con dia, y convendreis en que eso fastidia.

—Pero dime; ¿acaso no repites la operacion de comer todos los dias?

—Si, pero todo el mundo come y no todo el mundo trabaja. Por ejemplo, vos estoy seguro de que nada haceis.

¿Qué nada hago! ¿Estamos bien con el mocosito que me juzga tan holgazán como él! Pues habeis de saber, señor flojo, que si maese Balderin ha llegado á ser el primer armero de Francia, lo debe á un constante trabajo desde la mañana hasta la noche, y con mucha frecuencia desde la noche á la mañana. ¿Con que nada hago! Toda mi vida he trabajado, y quisiera ver que se resistieran á trabajar mis chicos; ¿promitto les enseñaria yo cuántos son cinco!

Santiago, avergonzado, ya no se atrevió á contestar. Además, iban llegando á una posada y era ya tiempo, porque el pobre mozo estaba á punto de volver á desmayarse. Hizole maese Balderin acostarse, y el día siguiente se lo llevó consigo á Orleans, á donde le conducian los mismos asuntos que le llevaran á Montereau. Viendo que Santiago estaba positivamente enfermo, púsole en el hospital recomendándolo mucho á las buenas hermanas de aquel establecimiento.

La enfermedad de Santiago fué dilatada; pero tanto le cuidó Sor Ur-

sula que entró al cabo en convalecencia : entonces procuró consolarle porque veía distintamente que se arrepentía de la falta que cometiera ; sin embargo, procuró hacerle conocer toda la gravedad de ella.

“Nadie hay en este mundo, decíale, hijo mio, que no se encuentre en la obligacion de trabajar. Unos se ocupan en asistir enfermos, otros en instruir á los jóvenes ; algunos dirijen los negocios del Estado ; los mas cultivan la tierra ó se consagran á artes y oficios por medio de los cuales ganan su subsistencia : ninguno está exento de ser útil á sus semejantes ; éste es un deber estensivo á todos ; y la primera obligacion de los niños es la de obedecer á sus padres, que son en este mundo los representantes de Dios, que desde que nacen los cuidan, que trabajan diariamente para satisfacer sus necesidades. De nada carecísteis desde que estuvísteis al lado del vuestro. No pareció que os abandonó Dios sino cuando quisísteis salir de su dominio ; y ved sin embargo, qué auxilio os envió por su misericordia ! Pero os abandonaria completamente si los padecimientos que habeis tenido no os inspirasen un salutífero arrepentimiento. Sean cuales fueren las penalidades que os estén reservadas en la tierra, jamas olvideis que cuida de vos la Providencia ; procurad merecer sus bondades y poned en ella vuestra confianza.”

Escuchó Santiago con docilidad estos consejos, y propúsose firmemente seguirlos. Cuando se consideró que estaba suficientemente restablecido, dispúsole Sor Ursula un reducido lio de ropa, compróle un buen par de zapatos, y entrególe el resto de la cantidad que habia dejado maese Balderin con el fin de que se le diese, porque aquel excelente hombre no habia querido que fuese oneroso al hospicio su protegido. En seguida Sor Ursula, habiendo hecho á Santiago que oyese misa, recomendóle á un arriero que iba á Melun. Llegó á este punto Santiago el dia siguiente á aquel en que saliera del hospicio. Habia hecho firme propósito de pedir perdon á su padre, y de aplacar su ira por medio de su sumision y su diligencia ; sin embargo, temblaba al entrar en la calle que habitaba : bien conocia que merecia una severa reprension, y habria querido que hubiese pasado ya este primer momento. A su pesar aflojaba el paso, entretanto llega al poyo que habia al lado de la puerta ; pero nada de lo que ve comprende. Habia desaparecido la tienda de su padre : estrégase los ojos y pónese á mirar de nuevo : conservábase á la derecha la buhonera que venia diariamente á comprar su carne : tambien estaba á la derecha la frutera que de vez en cuando le habia solido dar manzanas ; pero la tabla de carne del tio Angel, ¿ dónde estaba ? La puerta y las ventanas estaban cerradas ; cualquiera habria dicho que la casa estaba vacía : toca, ni quien conteste. En fin, inquieto, dirijese á la casa de la fru-

tera y entra : la frutera no le conoce porque está pálido y estenuado, y porque ademas ha crecido mucho.

—¿ Qué ha sido de mi padre, tia Robina ? pregunta sofocando los sollozos que oprimen su pecho.

—¿ Vuestro padre, mozo ! ¿ Qué padre ? ; Ah ! vamos, es el holgazán de Santiago ; ; ah perverso ! habeis venido demasiado tarde ; el pobre buen hombre está con Dios : ya él estaba cascado, de suerte que acabó con él el pesar que le dísteis.

¿ Oh quién pudiera espresar lo que Santiago padeció al oír estas terribles palabras ! ; Habia fallecido su padre, y fallecido sin perdonarle ! ; Ya no le volveria á ver ; ya no podria expiar el yerro de que para con él se habia hecho culpable ! Agobiado de pena, déjose caer sobre un poyo, y figurósele que iba á exhalar el postrer aliento. La tia Robina procuró entonces consolarle ; pero unióse el remordimiento á la miseria, para convertir á Santiago en el mas desventurado de los hombres. Su padre no habia dejado bienes, de suerte que para subsistir no le quedaba mas que el trabajo. Habian recojido á sus hermanos algunos parientes que sabian que eran laboriosos ; ¿ pero qué seria de él ? ¿ Quién querria encargarse de un niño que habia negado la obediencia á su padre ? Bien echaba de ver que todos le abandonarían. Comenzó á entregarse al despecho.

Entre tanto viniéronsele á la memoria las últimas palabras que le dirijiera Sor Ursula : “ Sean cuales fueren las penalidades que os estén reservadas en la tierra, habíale dicho esta religiosa, no olvideis que cuida de vos la Providencia.” Estas palabras convirtiéronse en un bálsamo consolador para Santiago. Hizo la señal de la cruz y corrió á la iglesia, donde se arrojó de rodillas llorando.

—¿ Dios mio, dijo, tened misericordia de mí ! ¿ Qué será de mí ? Soy muy desgraciado ; sobradamente he merecido mi desdicha ; pero quiero enmendarme de mis yerros, y os ofrezco que emplearé mi vida con cuanta mayor utilidad pueda. Compadeceos de mí, ya que vuestra Providencia cuida de todas vuestras criaturas.

Sollozaba Santiago y hablaba en alta voz, creyendo que se encontraba á solas con Dios. No habia echado de ver que se hallaba en el templo una señora anciana, que se habia quedado allí despues del oficio divino.

Aflijó á la señora el pesar del chico, y dirijóle varias preguntas. Habiendo visto por sus respuestas que estaba verdaderamente arrepentido de sus errores, propúsole que entrase á servirla. Ya concebiréis con cuanta gratitud aceptaria Santiago esta oferta, y cuantas gracias daria á Dios por el inesperado auxilio que le enviaba. El, que poco antes se viera sin

sustento, sin asilo, encontrábase ahora introducido en una buena casa donde de nada carecería.

Su mas importante ocupacion era la de conducir al colegio los hijos de la señora de Saint-Ivon (este era el nombre de su protectora) y de volverlos á llevar á su casa. Santiago tenia mucho tiempo disponible para divertirse, si hubiera querido; habria podido ir á jugar á la plaza con otros chicos, mientras que estudiaban sus pequeños amos sus lecciones; pero estaba demasiado triste para esto: por otra parte, habia resuelto emplear útilmente todos sus instantes. Por tanto, preferia estarse á la puerta de la cátedra, y desde allí oia todo lo que el profesor decia. Nada absolutamente comprendió de ello á los principios, pero tanto escuchó, que logró retener algunas palabras, cuya esplicacion pidió á los chicos de Saint-Ivon. El dia siguiente la leccion parecióle menos confusa; al cabo de algunos dias logró casi comprenderla del todo, hasta que tomó tanto amor al estudio, que pasaba leyendo los libros de sus pequeños amos todo el tiempo que se empleaba en servirles.

Aconteció un dia que habiéndose hecho algunas preguntas al niño Roberto de Saint-Ivon, y no habiendo podido éste contestar por no haber aprendido bien su leccion, se adelantó Santiago muy despacio, se puso detras de él, y le dijo lo que debia ir diciendo; despues volvióse apresuradamente á la puerta, porque no tenia derecho á entrar en la cátedra. El profesor, que no habia dejado de observar este ardid, llamó á Santiago despues de la clase, le hizo hablar, y sorprendióse al ver que estaba mas adelantado que sus alumnos. Habló de él al principal del colegio, quien se encargó de conseguir que se permitiese á aquel niño entrar á estudios.

¡ Oh cuánta fué la satisfaccion de Santiago cuando se le hizo saber un dia que iba á entrar en el colegio en clase de estudiante de gracia! Entonces sí se propuso hacerse digno de tan grande felicidad, entregándose al trabajo con mayor empeño: por tanto, no conoció el fastidio, porque solo para los perezosos se hace pesado el tiempo. Entregóse, pues, Santiago al trabajo, y con tanto ahinco, que siempre era el primero que á la cátedra concurriese: la rapidez de sus progresos parecerá sin duda sorprendente, si se toma en consideración cuán descuidados habian sido los primeros años de su infancia; pero Santiago tenia una escelente disposicion y una firmísima voluntad de reparar su pasada conducta. Ademas, cada dia tenia para él mas atractivos el estudio; mientras mas aprendia, mas deseos de aprender tenia. Uníase á su aplicacion una ejemplar conducta; citábanle sus maestros como un modelo que debian imitar sus discípulos.

Tenia cerca de veinte años Santiago Amyot, y habia concluido su curso de filosofia, cuando se presentó al principal del colegio donde estudiaba un hidalgo de la provincia de Berry, solicitando un buen profesor que se encargase de la educacion de sus hijos. Designóle el principal á Santiago, que acababa de ordenarse, como el hombre mas distinguido en materia de buenas costumbres é instruccion. Llevóle, pues, el señor de Montchevron inmediatamente á su castillo. Amyot, al aceptar las funciones de institutor, sentíase contento é inquieto. Contento, porque por fin iba á ser útil y á pagar de este modo la deuda que para con la sociedad tiene contraida todo hombre; pero inquietábale la idea de la responsabilidad que iba á gravitar sobre él. Le era necesario formar á la vez el entendimiento y el corazon de tres niños, á quienes podia estraviar el menor yerro.

Pero teniendo sin cesar en la memoria que cuidaba de él la Providencia, invocóla con toda confianza, rogó á Dios que le iluminase, y emprendió su honrosa tarea con fervor y con desprendimiento. Empeñóse, en primer lugar, en captarse el cariño de sus discípulos, logró hacerles amable el estudio, consiguió formarles el discernimiento, y temprarles el carácter, de suerte que, al cabo de un año le amaban los niños como un segundo padre, y no habrian podido pasar sin él un sólo dia.

Algunos años hacia que Santiago Amyot vivia en el seno de la referida familia, cuando aconteció que el rey Enrique II pasase á visitar la provincia. Los jóvenes de Montchevron fueron á rendirle homenaje, y uno de ellos le presentó un epigrama griego, compuesto por su preceptor. El canciller de L'Hospital, primer ministro del rey, era inteligente; llamóle la atencion la energía y la pureza de aquellos versos, y quiso conocer al autor de ellos. Conversó con Amyot una hora, y juzgó que no haria cosa mejor que inducir al rey á que le encargase la educacion de sus hijos.

¡ Qué gloria aquella para el pobre Santiago Amyot, y cuánto sintió que no pudiese su padre gozar de ella! Despues de todos los pesares que le habia ocasionado en su infancia, ¡ cuánta habria sido su satisfaccion si hubiera podido compensarlos, colmando su ancianidad de contento! Pero los errores de Santiago habian sido de aquellos que jamas pueden repararse. Amyot presentaba un ejemplo palpable de la justicia de Dios; prodigábale sus favores desde que el arrepentimiento le habia hecho entrar en la recta senda, así como habia cubierto su vida de aficciones, en tanto que habia desconocido sus deberes.

Santiago, habiendo llegado al eminente puesto en el cual se le colocara, nada omitió para corresponder dignamente á la eleccion con qu lee

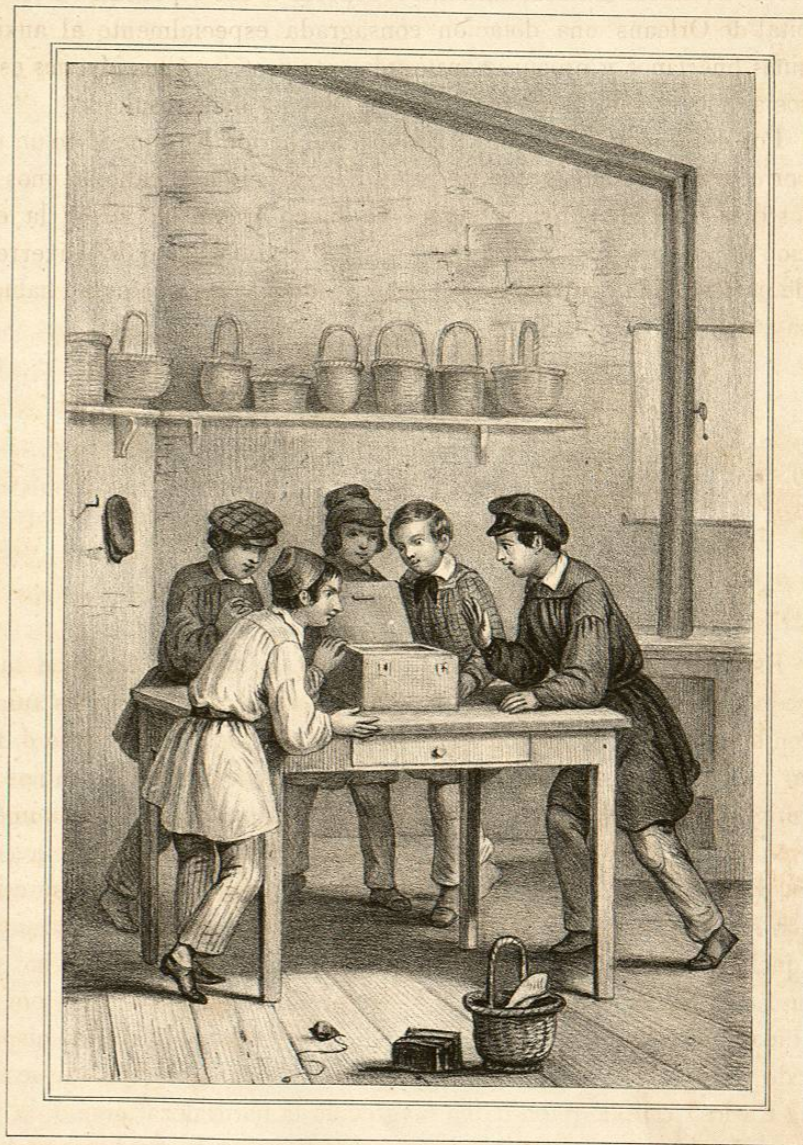
honrara el soberano. Desempeñó tan bien sus funciones que le hubo de premiar el rey nombrándole sucesivamente abad de Belloyasse, gran capellan y por fin, obispo de Auxerre.

No olvidó Amyot en su época de prosperidad á los que le habian socorrido durante sus dias de infortunio. Habiéndose incendiado las herrerías de maese Balderin mandólas reparar á sus espensas. Dió al hospital de Orleans una dotacion consagrada especialmente al auxilio de niños huérfanos y procuró constantemente proteger á los jóvenes estudiosos á quienes solo la pobreza impedia obtener buen resultado.

Por desgracia suya y de la Francia fué herido Enrique II en un torneo por el conde de Montgomery y murió de su herida al cabo de unos cuantos dias. Desde entonces no fué ya dueño Amyot de dirigir la educacion de los príncipes á su grado; retiróse á su obispado de Auxerre, donde pasó su vida ocupado en las buenas obras á las cuales se habia consagrado.

## LA ALCANCIA.

Esta narracion, amiguitos míos, tiene por objeto probaros que las mas pequeñas economías reunidas producen muchas veces grandes sumas; y con ellas se consigue la satisfaccion de prestar un gran servicio ó de evitar una grave desgracia, pues, como nos lo dice uno de los sabios de la antigüedad: "Nada hay superfluo en la naturaleza." Los numerosos alumnos de un establecimiento de enseñanza mútua de uno de los distritos de Paris tenian un cariño particular al anciano portero de su escuela, que era padre de cuatro hijos, dos varones y dos hembras. El mayor de aquellos, que estaba empleado en una imprenta, se habia hecho exceptuar de la conscripcion como hijo mayor de familia pobre, y por estar atacado de moralgía, enfermedad que á veces le obligaba á suspender todo trabajo. No sucedia lo mismo con su hermano menor que se llamaba Carlos; éste, á quien habia favorecido la naturaleza, unia á la figura mas espresiva una constitucion robusta, de manera, que servia de mucho auxilio á su anciano padre en el penoso servicio de la escuela. Carlos era el único de los cuatro hijos que vivia al lado de sus padres; pues sus dos hermanas vivian con una parienta cercana, costurera bien reci-



Rafael y Vilá, editores.

Litoq. de Decaen.

¡Oh! ¡Cuántas monedas blancas!

bida, que en cierta manera las habia adoptado y que las instruia en su ejercicio. Fácilmente se concebirá con cuánta ternura tratarian á su querido Cárlos, Estévan y su muger, á aquel hijo cuyo buen corazon, cuya sincera jovialidad, formaban el encanto de su existencia y les atraian el cariño y la consideracion de todos los alumnos de la escuela. No habia uno solo de entre ellos que no hubiese recibido de aquel escelente jóven algun obsequio, algun servicio cuyo recuerdo conservaban. Habíase vuelto el confidente de ellos y su amigo; varias veces hábales evitado el castigo con su prevision, y con la destreza con que sabia remediar un yerro ó un aturdimiento; muchas veces habia conseguido que el director del establecimiento que era á la vez hombre justo y severo, otorgase un perdon que no habria podido esperarse. Cárlos era quien se encargaba de arreglar el canasto de cada alumno en el cual se les llevaba el almuerzo que tomaban entre clase y clase. Cárlos era quien tan pronto componia una cuerda para brincar, como un bolo, como remendaba una cachucha desgarrada se le consideraba como la providencia de aquella juventud numerosa, turbulenta, á la que con una palabra, con el simple mirar, hacia volver al órden y sometia á su voluntad. Una mañana Cárlos, despues de haber barrido el salon de la clase mayor, limpiado las bancas, los tinteros y arreglado varias muestras que servian para la enseñanza, descansaba sentado sobre una mesa, jadeando y enjugando con la manga de su camisa el sudor que corria de su rostro. El tio Estévan le miraba por entre una celosía de la huerta, donde se habian reunido algunos alumnos que observaban en las facciones del anciano una viva alteracion y aun veian salir algunas lágrimas de sus ojos.

—¡Pues qué! dijo uno de los alumnos, ¿llorais, tio Estévan, al mirar á vuestro hijo? ¿acaso os ocasiona algun pesar?

—No puedo ocultároslo, y me causa esa pena por la primera vez de su vida.

—¡Cómo! ¡él que es tan bueno, tan servicial! ¿pues qué ha hecho?

—¡Oh, es cosa sumamente sencilla! acaba de cumplir veintiun años, y dentro de algunos meses le tocará la conscripcion. Si se marcha para el ejército, mi pobre muger morirá de pena, y yo, que soy demasiado viejo, demasiado débil para desempeñar las obligaciones de portero de la escuela, me veré reducido á terminar mi infeliz vida en un hospicio.

—¡Vos, tio Estévan! exclamaron á la vez doce ó quince alumnos; ¿vos, entre los desgraciados á quienes se acumula en esas casas de caridad? no lo permitiremos nosotros.

—Pues ¿qué hareis, queridos amiguitos míos? sois hijos casi todos de honrados artesanos que no viven sino del rrabajo de sus manos; no podeis serme de ningun servicio.

—Nada es imposible, le contesta con una espresion notable Casimiro Blondel, hijo de un oficial de carpintero; no, nada es imposible cuando tiene uno en el corazon la firme resolucion de practicar el bien: calmad vuestros temores, cobrad ánimo y dejadnos trabajar á nosotros.

El anciano, conmovido de estas palabras, arroja sobre ellos una mirada llena de esperanza diciéndose entre sí: ¡Oh Dios! préstales tu auxilio.

—Adivino cuál es tu designio, dijo á Casimiro José Girard, hijo de un oficial de imprenta. Tú sabes como yo que dando una cantidad.... no me acuerdo cuál esta sea, consiguen los conscriptos un reemplazo cuando les toca en suerte marchar para el ejército.

—Eso, eso mismo es, contestó Casimiro; esta misma noche voy á informarme de cuánto es lo que se necesita.

—Y todos nuestros compañeros, agregó José, rogarán á sus padres, como lo vamos á hacer nosotros, que contribuyan cada cual segun sus posibles, á impedir que nuestro buen amigo Carlos se separe de nuestro lado.

—¡Oh! yo tengo en la imaginacion un proyecto mejor que todo eso. No puedo esplicárosllo hasta mañana, y lo haré mientras almorcemos, entretanto, amigos míos, prudencia y discrecion.

El día siguiente, Casimiro, que habia tomado todos los informes necesarios, reunió con sigilo un gran número de sus condiscípulos en el salon de recreo, y les hizo saber que existia en Paris una oficina de reemplazos, en la cual, mediante una cantidad de seiscientos francos que se depositaba antes del día en que se celebraba el sorteo, se podia conseguir un reemplazo.

—A vosotros toca, añadió dominado por los nobles impulsos de su alma, procurarnos esa cantidad á fin de conservar entre nosotros ese buen Carlos á quien tanto amamos y que hoy es el único apoyo con que cuentan sus infelices padres. Si hablase cada uno de nosotros á los suyos estoy cierto de que la cantidad muy en breve se reuniria; pero á nosotros solo, queridos camaradas, deberá Carlos su libertad si quereis adoptar el plan que he concebido.

—Espílicate pues, le dicen algunos alumnos.

—Vais á saber lo que he imaginado..... pero vayan dos de vosotros á ponerse de centinela á la puerta, no sea que se nos oiga, porque mi plan exige un gran misterio.

Habiéndose tomado todas las precauciones necesarias, Casimiro prosiguió en estos términos con todo el calor de un verdadero filántropo.

—Dentro de tres meses, es decir, á fines de Abril, se celebrará el sorteo de los conscriptos, y es necesario que los seiscientos francos se depo-

siten antes de esta época en la oficina de reemplazos. Nosotros somos ciento sesenta alumnos; si cada uno de nosotros pudiera depositar en una alcancía que yo me encargo de buscar, siquiera un sueldo diario, tendríamos doscientos veinte y cinco francos al mes, lo que nos produciria mas de la cantidad necesaria. Muchos de entre nosotros, bien lo sé, no pueden conseguir de sus padres esta módica ofrenda; pero un gran número podrá depositar el doble: yo soy el primero. Mi buena madre me da todas las mañanas dos sueldos para que compre manzanas ó queso con que desayunarme en la escuela; pues bien, de buena voluntad deposito yo esos dos sueldos en la alcancía aunque coma pan seco.

—Y yo, dijo José Girard, iré de vez en cuando á hacer zalamerías á mi tia abuela la famosa especiera, que me da con bastante frecuencia una moneda de veinte sueldos, y esta la soplo todita en la alcancía.

—¡Oh, si yo pudiese ascender á instructor! exclamó German Castel que era hijo de un pintor de edificios, mi padrino el corredor de cambios me ha ofrecido que me daria una moneda de oro; ¡qué bien estaria esta en la alcancía!.....

En fin, cada uno de los alumnos fué ofreciendo que contribuiria con todo aquello que á su disposicion tuviese, á escepcion de cinco ó seis chuscos que sostuvieron que bien se podia comer pan á secas durante algunos días consecutivos pero que hacerlo por el espacio de seis meses era imposible, y que tal y cual que la daba por entonces de generoso, de magnánimo, acaso seria el primero que descuidase la alcancía por comprar alguna golosina.

—Nosotros á nadie obligamos, cada cual es dueño de hacer lo que á bien tenga, contestaron á la vez José y Casimiro; pero en todo caso nada arriesgamos en probar si nos servirá de alguna utilidad que contribuyamos con lo que podamos.

—Si, sí, probemos, exclamaron casi todos los alumnos.

—Pero sea esto bajo la condicion, repusieron los refractarios, de que cada cual depositará su ofrenda en secreto, á fin de que los que mas den no desdeñen á los que den menos ó á los que nada absolutamente dieren.

Aceptóse por unanimidad esta proposicion. Conviniéronse en que todos los lunes, á la hora del recreo, depositaria cada cual en secreto sus economías de la semana en una alcancía que tendria dos llaves, y que seria bastante capaz para contener la cantidad de seis á siete mil francos en monedas grandes de cobre y en pequeñas de plata, y que al cabo de un mes se abriria en presencia de dos cajeros y tres comisarios que se elejirian, quienes darian fé del importe á que el producto ascenderia; operacion que haria tomar á la sociedad en general la resolucion de sus-

penden sus donativos ó de continuar contribuyendo. De consiguiente, procedieron á celebrar las elecciones. Nombróse á Casimiro Blondel y José Girard tesoreros, cada uno de quienes sería el depositario de una de las dos llaves que habia de tener la alcancía. German Castel y dos de los mas entusiastas de la contribucion, fueron electos comisarios inspectores.

Desde el lúnes siguiente colocóse en uno de los rincones del salon del recreo una alcancía con dos cerraduras; cubrióse con una chamarreta vieja de Carlos á quien fué necesario confiar á medias el secreto, haciéndosele creer que aquella contribucion tenia por objeto reunir una suma para festejar al director del establecimiento el dia de su cumpleaños. Cada alumno fué, pues, depositando desde entonces con todo sigilo lo que quiso, y tan luego como se oia la campanada con que se llamaba á cátedra, llevábase el crédulo Carlos la alcancía á su cuarto. El lúnes siguiente, á la hora de costumbre, volvíala á poner en su sitio, y cuando se habian depositado todas las ofrendas, llevábasela de nuevo á guardar, sin que siquiera sospechase que él mismo era el objeto de aquella contribucion misteriosa.

Pero este misterio tan exactamente observado, estuvo á punto de revelarse por los vendedores de manzanas, de pan, de especias y de bizcochos de Nanterre, que se situaban á la entrada del establecimiento, y que ya no espendian entre todas arriba de 10 sueldos en todo el dia. En efecto, únicamente los cinco ó seis refractarios y algunos incorregibles golosos, eran los que, en secreto, continuaban consumiendo una parte de sus mercancías, y despues finjian que depositaban su ofrenda.... pero no tardaron en arrepentirse de su egoismo.

Por fin llegó el último lúnes del mes de Febrero y nuestros alumnos deseaban con empeño saber cuál era el producto de su contribucion y de sus sacrificios.

Veamos, decian unos, si nuestro primer mes ha producido la tercera parte de la suma que se necesita para el rescate de nuestro amigo Carlos; eso nos inspirará mas ánimo para llevar al cabo nuestra empresa.

Proceden pues á abrir la alcancía; Casimiro y José, depositarios de las dos llaves, abren cada cual una cerradura; Casimiro Castel y los otros dos comisarios inspectores levantan la tapa de la alcancía; sepáranse las monedas de plata, fórmanse montones de á un franco con las de cobre, que son las que mas abundan, y el total asciende..... á la suma de 145 francos, 20 céntimos.

—Segurísimo estaba yo, dijo el que estaba á la cabeza de los refractarios, que no lograriais reunir en tres meses la cantidad de los 600 francos. ¡ Pobres ilusos! ¡ Bien inútil era que os privaseis de las satisfacciones de la vida!

## INDICE GENERAL

### De las materias contenidas en este tomo.

	Págs.
<i>Carta de N. Bouilly al editor francés de esta obra</i> .....	I.
<i>El Domingo de Pasion</i> .....	1.
<i>Los Trineos del rey Luis XVI</i> .....	2.
<i>El Domingo de Ramos</i> .....	4.
<i>Gota de agua</i> .—Hechicería de la naturaleza.....	5.
<i>El Domingo de Pascua</i> .....	14.
<i>El Niño mártir</i> .....	16.
<i>Long-Champ</i> .....	22.
<i>La invencion de la Santa Cruz</i> .....	23.
<i>Eduardo I, rey de Inglaterra</i> .—( Siglo decimotercio. ).....	25.
<i>Historia de Tobías y de su hijo</i> .....	31.
<i>Roberto Sorbon, fundador de la Sorbona</i> .....	34.
<i>Historia maravillosa del rey Pepino y de su hijo Carlo-Magno</i> .....	42.
<i>Dia de la Ascension</i> .....	54.
<i>La funcion de caza</i> .....	55.
<i>El ciego de Amboisa</i> .....	58.
<i>Festividad de Pentecostés</i> .....	59.
<i>Un emperador padrino de un aldeano</i> .....	61.
<i>Historia maravillosa del rey Pepino y su hijo Carlo-Magno</i> .—( Historia segunda. )— <i>Carlo-Magno</i> .....	64.
<i>Dia del Santísimo Sacramento</i> .....	84.
<i>La Cervata de Sertorio</i> .....	85.